

# Caudete o la Hospitalidad

Los viajeros llegaron a Caudete un mediodía turbio. Los tonos grisientos y azulosos de sus montañas, difuminadas en neblina, circundaban mansamente los verdes y terrosos de la, en otro tiempo, fertilísima hoya y hoy semiabandonada esperanza.

Su meta era la calle Virgen de Gracia. Pero, para conseguir su objetivo, como quien todo lo ignora, hubieron de recorrer gran parte del pueblo y preguntar a las gentes. Gracias a esto pudieron darse cuenta de dos cosas: de lo cuidado de la población y de la amabilidad de sus habitantes.

Tras una comida típica en el bonito chalé del pintor Requena, y de tomar café en la compañía cordial de algunos de sus muchos amigos, les llevaron a la ermita de la Virgen, siguiendo un paseo escoltado por árboles frondosos y un original viacrucis.

La Virgen de Gracia no sólo es la Patrona sino el alma del pueblo. Pocas cosas pueden concebirse en Caudete sin ella. Esto puede parecer hiperbólico; pero no hay caudetano que no conozca su razón de ser.

Después de visitar el santuario tuvo lugar el recorrido del pueblo y, ¡cómo no!, la visita a lo que queda de la que fue, en tiempos no lejanos, una de las mejores plazas de toros de España.

La primera impresión es que se trata de ruinas antiguas y de hechos bárbaros. Pero al escuchar su historia, los viajeros sienten estallar en sus pechos la indignación, lamentando no haber estado entonces allí para haber arrojado, a aquellos indignos mercaderes, a latigazos, sin dejarles consumir tan inicuo despojo.

Preciosas las iglesias, la plaza, las calles..., e inolvidable la panorámica de la población a vista de pájaro, desde la Peña Clemente.

Imposible olvidar el recorrido por las cuevas. Allí vivieron siempre los trabajadores que no tuvieron otra herencia que sus brazos.

Gracias a nuestros amigos y a la amabilidad de sus moradores, pudimos visitar una de las que, todavía se habitan. Y nuestra curiosidad se tornó en admiración. Admiración por lo pulcra y espaciosa, por su relativa comodidad y, sobre todo, por la gente que la habita,

unos trabajadores sanos y hospitalarios a los que, desde aquí, con mi recuerdo, quiero dar las gracias por sus atenciones.

La noche nos deparó otra sorpresa. Caudete empieza desde muy pronto a preparar sus fiestas en las que toman parte activa todos los caudetanos, desde los niños hasta los viejos.

Sería al filo de las nueve cuando tres caballeros, Tomás, Paco y Molina llamaron en casa de nuestros amigos. Nos fueron presentados como los representantes de la comparsa «La Antigua», la más veterana de las cinco que existen en el pueblo.

Siguiendo un rito atávico, sencillo y lleno de unción al mismo tiempo, anunciaron a Rafael y a Fina que habían acordado nombrar a su hija María José Dama de la citada comparsa, si ellos y ella les concedían semejante honor.

Aceptado por todos, los caballeros entregaron a la joven Dama un obsequio y, a continuación ella y los padres nos agasajaron a todos con un vino español.

Como nos vieran interesados en conocer por menores de las fiestas, la inmediata fue invitarnos a ellas, poniendo al mismo tiempo en nuestras manos programas de distintos años.

Luego, y para que tuviéramos un pequeño anticipo de uno de los ritos más significativos de los festejos, rodaron la bandera en el jardín, con pulso, con maestría, con verdadera religiosidad, como si estuvieran ofrendando un tributo de bien hacer a su Patrona.

Después, la calma. Y, al amanecer, el tintineo de la campana de las Carmelitas llamando a la oración. Una campana argentina, plácida, que suena a eterna fiesta, añadiendo un encanto más a los muchos del pueblo, contribuyendo a que los viajeros se sientan unos caudetanos más. ¡Y a mucha honra!

Porque Caudete es, para todos los que lo visitan, nada más y nada menos que... la hospitalidad.

**TOMAS CALLEJA GUIJARRO**

Premio Nacional de Literatura Infantil.  
Accésit 1979

